

tio expresamente destinado á esto, rezando salmos y otras oraciones. Todos los hermanos asistían al fúnebre cortejo.

Nada más añadiremos á este detalle de la disciplina de los religiosos de Tabennes. Ya puede verse por lo que hemos dicho que su regla era digna del Santo que la había establecido; ó para decir mejor, fácilmente se reconocía en ella en todo el espíritu de Dios que se la había dado para la salvacion de tantas almas.

LAS RELIGIOSAS DE TABENNES

Habiendo establecido San Pacomio su congregacion de Tabennes para los hombres, quiso Dios que fundase tambien un monasterio para religiosas, á fin de abrir por este medio el camino de la perfeccion monástica á las personas del otro sexo. Hé ahí cómo le proporcionó la ocasion de ello. El santo patriarca había dejado en el mundo una hermana á quien la fama de su reputacion atrajo finalmente á su monasterio, ya para tener la satisfacció de verle, ya para asegurarse por sí misma de las grandes maravillas que le habían dicho que Dios obraba por su ministerio. Así que el afecto natural y la curiosidad, fueron el motivo que la llevaron junto á él. Pero Dios tenía sobre ella designios más dignos de su misericordia, y San Pacomio tuvo pronto el consuelo de ver sus maravillosos efectos. Como que él no se conducía segun las inclinaciones de la carne y sangre, y por otra parte jamás hablaba con mugeres, cuando el portero fué á decirle que su hermana pedía hablarle, se negó al instante á verla, y le hizo decir que se contentase con saber que era vivo, y que se volviese sin afligirse por no haberle

visto con los ojos del cuerpo. Pero no queriendo privarla absolutamente de un consejo saludable, le hizo proponer que si quería imitar su género de vida, Dios quizás se serviría de su ejemplo para atraer á otras mugeres junto á ella, con las cuales podría santificarse; pero que sin embargo pesase bien todas las cosas antes de emprender nada y que, si después de una madura reflexion, se determinase á ello, encargaria á los hermanos, que le edificasen un monasterio. Su hermana, que nada menos esperaba que una recepció semejante, lloró amargamente; pero tocándola Dios en este momento con la unció de su gracia, se rindió al consejo que el portero le dió de parte del Santo, y le hizo responder que estaba resuelta á seguirle.

Una determinación tan pronta llenó al Santo de gozo. Dió por ello á Dios acciones de gracia, y ordenó á algunos de los hermanos más recomendables por su piedad, que le edificasen lo más pronto posible un monasterio. El lugar que se escogió para esto, se llamaba Men. Estaba un poco apartado del de Tabennes, y el Nilo corría entre los dos. No hay que confundirlo con otro monasterio de hombres ó Tismen, que San Pacomio fundó en la diócesis de Pannes.

Allí aquella nueva religiosa, viviendo en el temor del Señor, se convirtió en poco tiempo, como el Santo se lo había hecho esperar, en madre de un gran número de mugeres, que fueron á alistarse bajo su conducta. Ella las instruía no menos con sus obras que con sus palabras, y les enseñaba á desapegar su corazon de todas las cosas de la tierra, para tenerlo sin cesar levantado hácia los bienes celestiales é inmortales.

San Pacomio les dió á observar la misma regla que á sus religiosos, á escepció de la capa de piel, que no la usaban. Iban rasadas y llevaban la cabeza cubierta con una capucha. Su ocupacion manual era hacer, tanto para los

religiosos como para su propio uso, las telas de lino y lana cuya materia les proporcionaba el gran ecónomo de la Orden, así como también todo lo que necesitaban para su subsistencia.

Ningun religioso de la Orden podía ir las á ver sin expreso permiso. Si alguno de ellos tenía entre las religiosas á alguna hermana ó pariente, le hacian acompañar por un anciano de probada virtud. Pedía por de pronto por la superiora, la cual hacía bajar á la religiosa, que iba acompañada de las más ancianas, y en presencia suya le hablaba con gran recato y santidad. No le era permitido hacerle regalo alguno, ni recibir nada de ella; puesto que unos y otros, dice el historiador, no tenían nada propio que pudiesen dar. Las nuevas del mundo estaban desterradas de su conversacion, la cual no hacían versar sino sobre materias de piedad, y sobre todo hablaban de la esperanza de gozar un día de la eternidad bienaventurada.

Cuando las religiosas tenían necesidad de la asistencia de los hermanos para sus edificios ó para cosas semejantes, los que se destinaban para prestarles este socorro eran conducidos allá por un religioso de vida muy ejemplar, y hacían su trabajo con caridad y temor de Dios. Estábales prohibido comer ó beber en casa de ellas; sino que para esto volvían al monasterio á la hora ordinaria de la refeccion.

El sacerdote y el diácono destinados para administrar su capilla no iban á ella sino el domingo. El primero á quien San Pacomio confió el cuidado de su conducta espiritual, era un religioso llamado Pedro, muy venerable por su edad avanzada, y más todavía por la santidad de su vida; porque, segun dice el historiador, habia mortificado todas sus pasiones. Su espíritu y sus ojos eran igualmente castos, y sus discursos estaban sazonados con la sal de una sabiduría angélica.

Después de su muerte, San Teodoro, que entonces se en-

contraba abad de Tabennes, encomendó la conducta de este monasterio y del de Bechré, que fundó también para religiosas, á Epónico hombre santo y sumamente grave. Dícese también en la Vida de San Pacomio que Titoés, religioso de insigne piedad, fué nombrado superior de aquellas religiosas. Hay motivos de creer que sucedió al venerable Epónico.

A su superior se dirigía el gran ecónomo para hacerles enviar el lino y la lana de que hacian las telas para uso de la Orden.

Las mugeres eran recibidas en este monasterio lo mismo que las jóvenes, segun se deduce de que la madre de San Teodoro se determinase á hacerse en él religiosa, después de la negativa de verla que su hijo le dió, cuando fué á pedir por él al monasterio.

Cuando moría alguna de estas religiosas, ellas llevaban su cuerpo á la orilla del Nilo cantando salmos, y entonces los religiosos de Tabennes, cantando tambien salmos y llevando en la mano ramas de Palma y de olivo, pasaban el rio y tomaban el cuerpo, que iban á sepultar á la montaña en donde estaba su sepultura.

Paladio dice que en su tiempo el monasterio de Men se componía de cerca de cuatrocientas religiosas. Él cuenta dos historias muy diferentes, que referiremos como él las trae. La primera es de las más trágicas, y muestra cuán grande es la debilidad humana. La otra hace ver en una conducta más admirable que imitable lo que en los siglos posteriores dijo excelentemente un gran maestro de la vida expiritual, esto es, que el amor de Dios frecuentemente no puede limitarse, pero que su ardor le lleva más allá de todo límite.

Un hombre, cuyo oficio era hacer zapatos, acertó á pasar por delante del monasterio de Tabennes, y dijo á una joven religiosa á quien vió por casualidad, si en su comu-

nidad necesitaban zapatos. Ella le respondió con toda sencillez que ya tenían sus zapateros, y no se detuvo más.

Por desgracia, en el momento en que ella le decía esto, otra religiosa la vió, la cual por entonces nada dijo; pero en el trascurso del tiempo, habiendo mediado entre las dos una disputa, el demonio de la cólera le sugirió hacer una suposición maliciosa sobre ella delante de las otras sobre que la había visto hablar con este hombre, á lo cual algunas, más celosas que prudentes, dieron demasíadamente fé y movieron por ello alguna jarana. Viéndose la jóven religiosa calumniada de este modo en un punto tan delicado, vióse tan oprimida de dolor, que entregándose á toda la sensibilidad que le causaba una acusación tan deshonrosa, salió secretamente y fuese á precipitar al río.

Apenas se hubo sabido esto en el monasterio cuando la que le había acusado, sobrecogida de horror contra sí misma por una muerte tan funesta se reprochó de haber sido con su malicia la causa de esta muerte y, no pudiendo sostener más los remordimientos de su conciencia, perdió la esperanza del perdón y se estranguló desesperada. Este doble accidente, que tuvo lugar en una misma semana en una comunidad tan bien arreglada, puso á todas las hermanas en un exceso de desolación, y en este estado las halló el sacerdote cuando fué el domingo á celebrar en su oratorio los santos misterios. Él prohibió ofrecer el sacrificio por las dos difuntas; y en cuanto á las que por su credulidad habían tenido parte en su muerte, les ordenó que permanecieran durante siete años separadas de la comunidad por una especie de excomunión.

Pero si este funesto suceso hace ver que no está uno enteramente á cubierto de las más enormes caídas, aun en las congregaciones más santas, el ejemplo que Paladio añade de Santa Isidora, religiosa del mismo monasterio, demuestra que en estas se practican igualmente y

con mucha mayor frecuencia virtudes heroicas. Esta santa virgen, cuya memoria honran los griegos el día primero de mayo, llevada interiormente de un grandísimo amor á los oprobios y humillaciones, con el fin de procurárselos, quiso pasar por loca y endemoniada en la opinión de sus hermanas y fingió que lo era tan bien que ellas lo creyeron así efectivamente.

Como la Santa no se proponía más que ser despreciada, sus aparentes extravagancias no respiraban más que inocencia. Así, por ejemplo, mientras las otras tenían una capucha, iban calzadas y comían en la mesa, ella se cubría la cabeza con un andrajo, andaba siempre con los piés desnudos, y en vez de sentarse á la mesa, se contentaba con alimentarse de las migajas de pan que recogía en tierra con una esponja, y con el residuo de las otras.

Con esto trabajaba casi continuamente en la cocina en los más bajos y penosos ministerios, como hubiera podido hacerlo un vil esclavo; de suerte que no se la veía jamás ociosa.

Algunas religiosas la maltrataban en todas ocasiones, mirándola como una verdadera loca y otras la miraban con horror creyéndola poseída del demonio; pero la humilde Isidora sufría todas estas cosas sin quejarse jamás; antes al contrario, cuanto más se la humillaba y despreciaba más también se la trataba á su gusto y más muestras daba de contento.

De esta manera se ejercitaba en la sabia locura de la Cruz, no siendo su virtud conocida más que de Dios solo, cuando este divino Maestro, que se goza en ensalzar á los humildes, aun en esta vida, quiso manifestar su mérito heroico y lo reveló á uno de sus siervos. Este era el gran Pityrion, aquel que se cree haber sido discípulo de San Antonio.

Apareciósele un ángel en el desierto de Porfirites, en el

que moraba, y le dijo que no debía complacerse en sí mismo, ni creerse demasiado virtuoso por el retiro que guardaba y el bien que hacía; y que si quería ver un alma mucho más perfecta que él, fuese al monasterio de las religiosas de Tabennes, en donde encontraría una religiosa coronada de virtudes y mucho más agradable á Dios que él, puesto que era el blanco de todas las hermanas, que la trataban con arrogancia y con un soberano desprecio, sin que ella mostrase la menor impaciencia por esto; sino que por el contrario tenía siempre su corazón unido á Dios y estaba sirviendo á las demás con una dulzura y exactitud maravillosas, mientras que él, sin moverse de su desierto, dejaba algunas veces pasear su imaginación por todas las ciudades,

Al oír esto, Pityrion se dirigió al monasterio de Tabennes, y pidió á los superiores que le permitiesen ir á ver á las religiosas de la orden. Como él gozaba de grande estima entre aquellos religiosos á causa de su virtud, y además había envejecido en el ejercicio de la mortificación, llevaronle con confianza al monasterio de mugeres en donde, después de haber hecho la oración, pidió á la superiora que hiciese venir á toda la comunidad.

Fueron llamadas todas las religiosas y se presentaron delante de él á escepcion de esta de la cual hablamos, y habiéndolas Pityrion considerado atentamente, y no reconociendo la que el ángel del Señor le había designado, pidió de nuevo que se hiciese venir á todas las religiosas. Respondieronle que toda la comunidad se hallaba en su presencia. Pero Pityrion replicó que de seguro faltaba alguna, porque no veía á la que Dios le había revelado.

Si que tenemos otra, le dijeron ellas, que sirve en la cocina; pero está loca. Traedla, dijo Pityrion, y permitidme que hable con ella. Pero como Isidora presentía lo que iba á sucederle y quizás, dice el historiador, ya Dios se lo ha-

bía dado á conocer, opuso resistencia, de suerte que la llevaron casi por la fuerza, diciéndole que Pityrion la llamaba, porque no gozaba de menor veneración entre ellas que entre los monges.

Cuando el santo solitario la vió, reconoció al instante en ella las señales con que el ángel se la había designado, y penetrado de respeto por su heroica virtud, se postró y le rogó que le diese su bendición, llamándola *Amma*, nombre que se daba á las madres espirituales. Ella hizo lo mismo por su parte, y le suplicó que la bendijese, mirándole como su superior y maestro.

Todas las religiosas, grandemente admiradas de ver á un tan gran siervo de Dios humillarse de este modo delante de una muger á la que ellas tenían al menos por insensata, creyeron que se había equivocado y exclamaron: « ¡ Ah, padre mio! no causeis este perjuicio á vuestra reputación; ¿ no veis que es una loca? » « Más bien lo sois vosotras, replicó Pityrion en un tono de zelo. Esta es mejor que vosotras y que yo. Es una verdadera *Amma*, y quiera Dios que en el día del juicio yo esté tan cargado de méritos como ella. »

Con esta respuesta, conociendo las religiosas la eminente virtud de aquella á quien tanto habían despreciado, se postraron á los piés de Pityrion y le declararon los malos tratamientos que habían dado á la sierva de Dios; unas se acusaban de haberse frecuentemente burlado de ella á causa del mal hábito que llevaba; otras de haberla cargado de injurias, sin que ella les dijese nada; otras finalmente de haberla pegado. Pityrion, después de haberlas oído, rogó á Dios por ellas. Tuvo en seguida una conversación con la humilde Isidora, y se retiró. Pero esta santa religiosa al verse desde este momento extraordinariamente respetada de todas, y que en todas sus acciones se la observaba como un modelo de santidad, y no pu-

diendo sufrir más las excusas que á cada momento le daban de los malos tratos que le habian hecho antes, salió secretamente del monasterio, sin que despues se supiera á dónde se retiró, ni cuándo murió.

Esta historia, contada por Paladio en el libro octavo de los padres de la soledad, se encuentra tambien en el libro quinto referida por Pelagio diácono, como habiendo sido contada por San Basilio. Y si este es el de Cesarea, ella debe haber tenido lugar á lo más tardar por el año 375, segun la observacion de Tillemont.

Dijimos en la Vida de San Teodoro que fundó un segundo monasterio de religiosas en Bechré.

San Jerónimo dice que habiendo Santa Marcela sabido por los sacerdotes de Alejandria, despues por San Atanasio, y por último por Pedro su sucesor, la manera de vivir de los monasterios de San Pacomio y de las virgenes y viudas, no tuvo vergüenza de hacer profesion de lo que conoció ser agradable á Jesucristo, y que muchos años despues de ella fué imitada por Sofronia y otras. De este modo el instituto de las religiosas de Tabennes fué conocido en Roma, en donde aquellas santas damas empezaron á formarse bajo su ejemplo abrazando una vida regular, y honrando entre las mugeres de condicion la vida solitaria, que era antes poco estimada, como lo advierte este Padre.

De las religiosas de Tabennes puede principalmente entenderse lo que dice San Agustin en su libro *de los Monges de la Iglesia católica*, cuando despues de haber alabado la virtud de los monges y de los cenobitas, dice de las religiosas que seguían la misma regla, que servian á Dios con gran pureza y fidelidad.

SANTA EUFRASIA ¹

Además de los monasterios de las religiosas de la orden de Tabennes hubo otros muchos más en lo restante de la Tebaida. Dijimos en otra parte que el número de las virgenes consagradas á Jesucristo en solo la ciudad de Oxyrhynca se acercaba á veinte mil. Hay todos los motivos para creer que estas religiosas pertenecian á comunidades diferentes y numerosas. Paladio dice que en la ciudad de Antinoé, había doce monasterios de mugeres, que vivian en una exacta observancia. El mismo historiador habla de la comunidad que gobernaba Santa Talides, y habla de algunas de las siervas de Dios que allí había. No ofreciendo estos detalles un interés particular, el Padre Marin los ha resumido muy brevemente, y creemos inútil detenernos en ellos. Pero, á ejemplo suyo, hablaremos bastante largamente de Santa Eufrasia ó Eufraxia, tan célebre entre los griegos, y cuya virtud tanto honra al estado monástico.

Las actas de la vida de Santa Eufrasia contadas por los continuadores de Bolando, dicen que había en Constantino-
pla en tiempo del emperador Teodosio, que nosotros creemos ser el Viejo más bien que el Joven, ², un señor llamado Antígono, de la orden de los senadores, gobernador de Lycia,

¹ Los Bolandistas.

(1) Teodosio I reinó desde 379 á 395 Teodosio II desde 408 hasta 450. No tenía más que ocho años cuando sucedió á su padre Arcadio hijo de Teodosio I.

Seguimos la opinion que fija la historia de Santa Eufrasia al final del siglo IV y que fija el año 412 por fecha de su muerte.